

Recibido: 05.03.2018 | Aceptado: 18.06.2018

Palabras clave: Frases idiomáticas, lingüística cognitiva, metáforas, prototipos y zoomorfismos.

Entre animales te veas: el reino animal como fuente metafórica



BLANCA ELENA SANZ MARTIN
blancasanz27@hotmail.com

¿Te ofendería si te dijeran burro(a) o cochino(a)? ¿Una mujer se sentiría halagada si le dijeran que tiene cintura de avispa? En la lengua suelen emplearse múltiples metáforas cuyo origen se halla en el reino animal, de manera que hablamos, por ejemplo, del burro de planchar, las patas de gallo del rostro, la cola de caballo, los caballos de fuerza de un motor. En los estudios especializados en el campo de la lingüística, a este tipo de expresiones se les llama

zoomorfismos, que se caracterizan por contener sustantivos que hacen referencia a un animal.

El campo de los zoomorfismos es muy variado. Suelen emplearse con mucha frecuencia para describir cualidades humanas, por lo que un ser humano puede ser comparado con una gran variedad de animales: un burro, un perro, un gato, un cerdo, una rata, una víbora, etcétera. Lo anterior se debe a

que mucho del comportamiento humano se compara con el de los animales, puesto que son los más próximos para definirnos a nosotros mismos (Kövecses, 2002).

Asimismo, los zoomorfismos constituyen una parte importante de las expresiones idiomáticas (estructuras fijas que adquieren un nuevo sentido, no son la suma de sus componentes, sino una transformación de las mismas) (Ruiz Gurillo, 1998, p. 19), algunos ejemplos son: tener monos en la cara, trabajar como burro, pelear como perros y gatos, aburrirse como ostra, ¿qué bicho te picó?, etcétera.

Además de las expresiones idiomáticas, los zoomorfismos son muy comunes en los refranes, como “al mejor cazador se le va una liebre”, “a caballo regalado no se le ve el colmillo”, camarón que se duerme, se lo lleva la corriente”, “quien con lobos anda a aullar se enseña”, “con dinero baila el perro”, “de noche todos los gatos son pardos”, “perro que ladra no muerde”, “cría cuervos y te sacarán los ojos”, “más vale pájaro en mano que un ciento volando”, entre otros.

De lo dicho hasta ahora, quizá te preguntes ¿por qué los sustantivos que designan animales son tan prolíficos en la lengua? La respuesta a esta pregunta tiene que ver con la noción de categorización, que es uno de los conceptos medulares de la lingüística cognitiva (estudio interdisciplinario entre la lingüísti-

ca y la psicología cognitiva). De acuerdo con Croft y Cruse (2004), el proceso de categorizar implica “la aprehensión de una determinada entidad individual o de algún aspecto concreto de la experiencia en tanto que caso particular de otra cosa, que se concibe de un modo más abstracto y que abarca, asimismo, otras instancias reales o potenciales” (p. 107). Por ejemplo, quien observa un animal cuadrúpedo que ladra y mueve la cola en señal de alegría, lo conceptualiza como un individuo de la especie perro. De esta manera, categorizamos las entidades del mundo que nos rodean y a nosotros mismos; por lo tanto, la categorización es un proceso cognitivo básico.

Ahora bien, solemos distinguir la categoría ser humano con respecto a las demás entidades del mundo. De acuerdo con Lakoff y Turner (1989), esta categorización implica una jerarquía de la existencia donde el ser humano ocupa el lugar más alto, al que le siguen, en este orden, los animales, las plantas, los objetos y las cosas naturales. Por lo anterior, el referente animal es el más próximo para definirnos a nosotros mismos, lo cual explica el hecho de que las metáforas zoomorfas sean un recurso sumamente productivo para describir cualidades humanas. Por ello, este tipo de metáforas son muy comunes, no sólo en español, sino en otras lenguas de todo el mundo.

No todos los sustantivos que designan animales se emplean metafóricamente y dentro del repertorio de aquellos que sí lo hacen, no



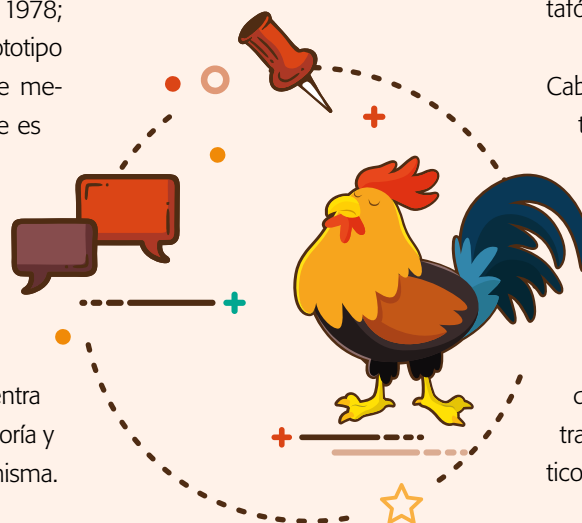
todos presentan la misma frecuencia. ¿Cuántas veces has escuchado expresiones idiomáticas con perro, gato o caballo? En cambio, ¿lo mismo ocurre con foca, tucán u ornitorrinco? En los estudios especializados sobre el tema, se ha señalado que los animales domésticos conforman un mayor número de modismos, entre los cuales sobresalen los animales de compañía mamíferos cuadrúpedos y las aves de corral (Nazárenko e Iñesta Mena, 1998); por ejemplo: ponerse como gato boca arriba y ser un gallina. Sin embargo, hay otros animales que también tienen cabida en los zoomorfismos: mamíferos de naturaleza salvaje (meterse en la boca del lobo), anfibios (echar sapos y culebras), reptiles (a paso de tortuga) e insectos (por si las moscas).

¿Entonces de qué depende que haya unos animales más susceptibles a aparecer como zoomorfismos? La respuesta a esta interrogante podemos hallarla en otro de los conceptos fundamentales de la lingüística cognitiva: el prototipo. Este concepto está íntimamente relacionado con el de categoría. El planteamiento teórico de este modelo consiste en que las categorías se consideran continuas y difusas (Rosch, 1975, 1978; Coleman y Kay, 1981) y que el prototipo de una clase es el miembro que mejor la representa, en razón de que es más accesible cognitivamente. Por ejemplo, un prototipo de la categoría ave podría ser el gorrión, es decir, estaría en el centro de la categoría, mientras que el pingüino, al carecer de la facultad de volar, se encuentra en una zona periférica de la categoría y no es buen representante de la misma.

Ahora bien, si pensamos en la clase de los animales, el perro y el gato pueden ser los mejores representantes de esta categoría, porque suelen ser las mascotas por excelencia, de manera que forman parte de nuestras experiencias físicas y culturales (Sanz Martín, 2012, p. 26) y eso hace que sean cognitivamente más accesibles.

El carácter prototípico de un animal repercute a nivel lingüístico. Pensemos, por ejemplo, en todos los significados asociados con la palabra perro, pues además de 'mamífero doméstico', como adjetivo, puede aludir a la bravura o la tenacidad, o incluso, a una persona muy estricta. Además, esta palabra forma parte de múltiples modismos y refranes, por ejemplo: "a otro perro con ese hueso", "atar los perros con longaniza", "echar los perros", "como perros y gatos", "perro que ladra no muerde", etcétera.

Ahora bien, el carácter prototípico de uno u otro animal se relaciona con una dimensión cultural. En nuestra cultura, como hemos visto, el perro es un animal prototípico, mientras que en el mundo árabe lo es el camello, lo que también tiene un reflejo en la lengua:



en el árabe iraquí la palabra *yamal* (camello) se ha documentado en más de 50 refranes (Mehdi, 2005, p. 169). La gran versatilidad de esta palabra refleja la importancia de los camellos en el contexto sociocultural iraquí, pues desde tiempos remotos se han utilizado como medio de transporte y animal de carga, además de que también se aprovecha su piel, leche y carne. Lo anterior pasa en toda cultura en general, ya que los animales que por uno u otro motivo se encuentran más cercanos a una determinada sociedad son los que en mayor medida se utilizan con más frecuencia entre los hablantes.

Pero, ¿de dónde provienen las metáforas con animales? Uno de los postulados de lingüística cognitiva consiste en que la metáfora no se reduce al lenguaje literario, sino que impregna la vida cotidiana. La metáfora se estructura a partir de la proyección de un dominio fuente a un dominio meta. Así, en una expresión como Juan es un cochino, hay una proyección del dominio animal (fuente) al dominio humano (meta). De esta forma, le atribuimos las características de un animal a un ser humano, lo que es un proceso metafórico sumamente frecuente.

Cabe señalar que las proyecciones metafóricas entre dominios son asimétricas y parciales, es decir, sólo se proyectan ciertos rasgos del dominio fuente a la meta. Así, en una metáfora como Juan es un cochino únicamente se activa o filtra el valor semántico de suciedad, dejando de lado que se trata de un animal mamífero, doméstico, omnívoro, con pezuñas, etcétera.



**BLANCA ELENA
SANZ MARTIN**

Doctora en Lingüística por la UNAM. Es profesora investigadora en la Universidad Autónoma de Aguascalientes, en donde trabaja en el proyecto "Contenido léxico, estructura argumental y realización sintáctica del verbo ver".



Las proyecciones metafóricas del dominio animal hacia el humano nos permiten describir las cualidades físicas de una persona. Así, por ejemplo, para hablar de los atributos físicos de alguien podemos decir que tiene panza de ballena, ojos de sapo, dientes de conejo, cara de chango... Desde luego, habrá metáforas más favorables que otras.


Pero, además de las cualidades físicas, las metáforas zoomorfas nos permiten describir los atributos morales de una persona, a partir de la caracterización del comportamiento humano en términos del comportamiento animal. Por ejemplo, asociamos al cerdo con la suciedad, puesto que se revuelca en el lodo, de manera que a una persona sucia la vinculamos con tal animal; y no sólo eso, la suciedad física se puede extender a la suciedad moral, al grado de que la palabra cerdo puede referirse a un individuo corrupto o ruin.

Existe una tendencia cultural a asociar tipos específicos de rasgos morales a ciertos animales. Lakoff y Turner (1989, pp. 193-194) identifican los siguientes atributos de los animales: los cerdos son sucios, desordenados y groseros; los leones son valientes y nobles; los zorros son inteligentes; los perros son leales, fiables y dependientes; los gatos son caprichosos e independientes; los lobos son crueles y asesinos; los gorilas son agresivos y violentos; los burros son tontos y las víboras son crueles e insidiosas.

Ahora bien, en términos objetivos, es decir, más allá de las metáforas de la lengua, estas características son propiamente humanas y no son rasgos que

caractericen a estos animales. Para ilustrar lo anterior, pensemos en la crueldad atribuida a las víboras, la cual proviene del daño que causa su letal veneno; sin embargo, éste es simplemente un mecanismo de supervivencia de la especie. Otro ejemplo es la lealtad que le atribuimos a los perros, la cual proviene del hecho de que son animales sumamente domesticados y de manada; pero la lealtad humana requiere un juicio moral reflexivo, lo que no sucede en estricto sentido con los perros.

La atribución de características humanas (personificación) a los animales cobra sentido si tomamos nuevamente en cuenta el concepto de categorización: puesto que los animales pertenecen a la categoría más próxima al ser humano, les atribuimos características propias de nuestra especie.

En suma, los sustantivos que designan animales conforman una gran parte del repertorio metafórico de la lengua. Dentro de estas metáforas elaboradas a partir del reino animal, son sumamente frecuentes aquellas que expresan cualidades humanas, ya sean físicas o morales. Así que, dime cómo eres y te diré qué animal eres. 

Referencias bibliográficas:

- Croft, W. y Cruse, D. A. (2004). *Cognitive linguistics*. Cambridge: Cambridge University Press. Versión española: *Lingüística cognitiva*. Madrid: Akal, 2008.
- Lakoff, G. y Turner, M. (1989). *More than Cool Reason: Field Guide to Poetic Metaphor*. Chicago: Chicago University Press.
- Mehdi, R. (2005). El dromedario como símbolo cultural en la paremiología iraquí. *Language Design*, 7, pp. 167-184.
- Nazárenko, L. e Iñesta Mena, E.M. (1998). Zoomorfismos fraseológicos. En J. de D. Luque Durán y A. Pamies Beltrán (eds.): *Léxico y fraseología*, Granada: Método, pp. 101-109.
- Rosch, E. (1975). Cognitive representations of semantic categories. *Journal of Experimental Psychology*, 104, pp. 192-233.